Darcy Ribeiro:

UNA GENERACION BRASILEÑA

ENTRE los importantes exilados brasileños actualmente en nuestro país, ninguno más distinguido en la órbita de la cultura, y por lo mismo ninguno menos conocido entre nosotros, que Darcy Ribeiro. Se le conoció preferentemente por haber sido Jefe de la Casa Civil de la presidencia de la República, y por lo mismo, con ese compadrazgo impune que usan algunos periodistas para hablar de políticos, se le pudo vilipendiar como a las restantes figuras exiladas. Pero la real importancia de Darcy Ribeiro, sin mengua de su aportación política, radica en su obra de pedagogo y de antropólogo, integrando una generación que en el Brasil ha permitido la maduración de las ciencias sociales y ha dotado al país de un nivel destacado en el plano internacional.

Antes de ser Ministro de Instrucción Pública (entre los años 1962 y 1963), fue planificador y primer rector de la Universidad de Brasilia (años 1957 a 1961) y ya para esa fecha tenía diez años de trabajo de campo en temas de antropología, habiendo dedicado cinco de ellos a vivir en las aldeas indígenas de la Amazonia y el Matto Grosso, estudiando "in situ" las culturas indígenas brasileñas en vías de desaparición.

Formado en la "Escuela de Sociología y Política" de San Pablo, integrante del Museo del Indio de Río de Janeiro, en su Departamento de Investigaciones Etnológicas, su consagración a las culturas indígenas que le llevó a recorrer el país y convivir con varias tribus distintas, comenzó a expresarse por escrito desde que en 1950 publicó Religión y mitología de los indios, estudio dedicado a los guaycurús, un grupo indígena del Chaco brasileño, que obtuvo cuando su aparición el premio Fabio Prado de ensayos. Libros posteriores recogen asuntos de etnología, arte, organización social de los indios, y los problemas de asimilación. Entre ellos debe citarse el Arte de los indios kadiwen, el Arte plumaria consagrado a los indios del grupo tupi de la Amazonia, que son de los que conoce mejor, y numerosos ensayos y artículos.

—Pero mi obra más importante no ha aparecido aún —me dice en el diálogo que sostenemos en su pequeño apartamento montevideano— porque a pesar de haber sido financiada por la UNESCO, y a pesar de que en líneas generales está concluida, e incluso ya traducida para ser editada en Francia por Plon, nunca he podido terminar de pulirla.

—¿De qué se trata?

—Es un libro sobre la asimilación de los indios brasileños a la cultura de los blancos, un libro que en cierto sentido resume mis diez años de estudios e investigaciones. Nunca dispuse de los tres meses que necesitaría para completar el libro. Nunca pensé tampoco que el exilio me los concediera.

—¿Qué fue lo que ocurrió con esos indios?

—Simplemente que los han estado exterminando. Quedan sólo seis mil indios en el Brasil. En los últimos sesenta años han desaparecido enteramente 83 grupos distintos, con lenguas, costumbres, culturas, mitologías diferentes. Creo que es uno de los grandes dramas del mundo y de la civilización. Si pensamos que el mundo sólo registra unas dos mil culturas, la pérdida de este conjunto de culturas autóctonas, originales, es realmente irreparable. Sin contar que ni siquiera se ha conservado documentación sobre ellos, sobre sus lenguas y sus aportaciones.

—¿El estudio de esos grupos es tan importante?

—A mis alumnos yo acostumbraba decirles que fácilmente podían llegar a la inmortalidad. Si quieren ser inmortales, les decía, tomen uno de estos grupos indígenas y conságrense a su estudio. Sus nombres se recordarán siempre unidos a una cultura que estamos viendo desaparecer sin hacer nada para salvarla. Como etnólogos, como lingüistas, podrán alcanzar más fácilmente la inmortalidad, que como poetas o científicos. Lo que perdemos con estas culturas es inmenso.

—¿Qué vinculación de trabajo han tenido con los antropólogos europeos y americanos? Porque paradójicamente, ellos son más conocidos entre nosotros que los brasileños. Pienso en Levy Strauss, en Metraux.

—Son nuestros amigos. Tanto los europeos como los americanos han trabajado solidariamente con nosotros. Charles Wegley, Robert Murphy, que pertenecen al Departamento de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Columbia, y también los franceses. Levy Strauss es de los más competentes; yo estimo en él, sobre todo, sus Tristes trópicos, a pesar de tratarse de un simple libro de viajes. Hay en él una profunda comprensión humana. Por su parte Metraux, me debe su primer conocimiento de los indios brasileños

reconocido especialista en ellos, nunca había convivido con los indios, sólo había conocido algunos descendientes cuando trabajaba en Rosario, Argentina. ¡Bien que me odió por eso! Le organizamos un viaje a la Amazonia para que estuviera unos días viviendo con una de las tribus más aguerridas y duras. Como el viaje por ferrocarril era muy largo, prefirió el avión que lo dejaba en un claro de la selva y que volvería a recogerlo días después. Se adelantó la estación de lluvias y durante dos meses fue imposible ir a recogerlo. No entendía el lenguaje de los indios, no sabía qué hacer, con las manos a la espalda y la cabeza baja daba vueltas por el campamento, descubriendo que los indios lo imitaban y caminaban en fila detrás de él. Sin embargo, tres días después de regresar, vino a abrazarme y seguimos siendo grandes amigos.

—Existe en Brasil, desde hace años, un intenso movimiento renovador en las ciencias sociales. Para caracterizarlo convendría conocer la opinión que tiene ese movimiento acerca de Gilberto Freyre.

—Es nuestro padre, y por lo mismo todos los de mi generación lo odian, esforzándose por vencerlo. Fue difícil superar la contribución de Gilberto Freyre, que tiene dos características fundamentales: 1º absoluto desorden, asimetría metodológica, y 2º una extremada creatividad que le ha permitido grandes aportes a la cultura brasileña, y que en parte puede deberse a ese desorden intuitivo de su creación. La mayor contribución que le debemos es haber sido el primero que consiguió que el Brasil aceptara su ancestralidad negra y portuguesa. Contra todos aquellos que se avergonzaban de esta herencia que los hacía descendientes de gente tan burra como los portugueses o tan atrasada como los negros —así decían— Gilberto Freyre consiguió imponer el valor creativo de la cultura negra y probar el colorido intenso que ha proporcionado al Brasil. Lo mismo con respecto a los portugueses. Su último libro, Orden y progreso, es una obra en varios volúmenes donde analiza la sociedad brasileña moderna del período republicano. Metodológicamente es muy superior a sus anteriores libros: ha procedido a una investigación paciente entrevistando a quienes vivieron en el período estudiado. Pero en cambio es inferior en intuiciones fructíferas.

—¿Quiénes integran la nueva generación?

—Son decenas de estudiosos. Podría citarse a Sergio de Holanda, el mejor erudito brasileño, consagrado a historia social, autor de Raíces del Brasil y de un maravilloso libro, Visión del paraíso; puede citarse a Florestán Fernandes, la principal revelación de los últimos años en metodología de las ciencias sociales; a Luis Costa Pinto, cuya obra ya ha sido traducida al español, un sociólogo combativo, inteligente, que ha encarado la sociología como un instrumento de penetración y acción en la realidad brasileña, a Víctor Nemes Leal, consagrado al estudio del colonialismo.

—En primer término a Antonio Cándido, y junto a él a Heron Alencar (formado en Bahía, lector durante muchos años de la Sorbona) y a Helsiu Martins, de la escuela de Río de Janeiro, quienes se han consagrado a la teoría literaria, tratando de colocar estos estudios en un cuadro general de la cultura brasileña, reconociendo su implantación activa y dinámica en el seno de la sociedad.

—Esta generación ha emergido por el año 50, y al parecer ha estado dominada por una orientación universitaria. ¿Cómo podría caracterizarse globalmente el movimiento?

—Creo que es la mejor generación intelectual que ha dado el país, la más lúcida, con más rigurosa conciencia crítica y aquella más comprometida en la lucha transformadora de la nacionalidad. En ciencias sociales la línea dominante es universitaria. Todos sus integrantes hace años que ocupan cátedras y tienen ya numerosos discípulos, ampliando así la órbita de su acción en el medio. Han partido de una visión nacional, la primera que registra el país, sustituyendo aquélla de los europeizados que escribían libros en base a teorías extranjeras para ser aceptados por los extranjeros. Han asumido una conciencia crítica de la realidad brasileña, y, al mismo tiempo, han pretendido hacer de las ciencias sociales no tareas puramente especulativas, académicas, sino instrumentos de acción sobre la vida social.

—¿Ha sido positiva su acción?

—Profundamente positiva. Ha permitido crear un producto cultural propio, original. Sus integrantes se han interesado en los hechos del mundo circundante, y por lo mismo han quedado exentos de la enfermedad más grave de la vida intelectual...

—¿Qué es cuál?

—La de convertir la cultura en un elemento de goce, de fruición, utilizándola como medio para un apartamiento de la realidad.

—En materia de ideologías, ¿el marxismo ha tenido influencia en la formación del movimiento?

—Se puede decir que éste ha tenido, de común con el marxismo, el criterio del interés práctico, o sea que el saber es necesario para actuar, pero esta aportación marxista ha quedado englobada en la más vasta y rica de la escuela moderna de ciencias sociales, en buena parte bajo la influencia francesa, y, desde la finalización de la guerra, por obra de la escuela anglo-norteamericana.

—¿Qué influencia ha tenido sobre los aspectos concretos de la vida brasileña, política, social, cultural?

—Toda solución de los problemas brasileños está basada en estos estudios, previos a una consideración real y firme de nuestra situación. Sus autores, por otra parte, tuvieron siempre una participación concreta en el examen de las soluciones. Mi caso particular, de ingreso a la actividad poltiica, puede estar motivado por razones personales de mayor combatividad, pero pienso que cualquiera de estos intelectuales, si fuera llamado a desempeñar una tarea pública, la asumiría de conformidad con lo que han estudiado y lo que han enseñado sobre el Brasil.

—¿Cuál es el futuro de esta corriente?

—Va a promover la existencia de una cultura brasileña, y va a presentarla como cultura propia a los ojos del mundo. Lucha para construir los instrumentos con que realizar una obra regida por el interés nacional, por la aceptación de la propia realidad, por el deseo de transformarla. Padecemos de terribles deficiencias. Baste con señalar que en un país de 80 millones de habitantes, sólo 20 acceden a la expresión cultural y pueden contribuir al desarrollo del país, porque son los únicos que pueden educarse. Eso no pasa en Francia, donde cualquier ciudadano tiene grandes opciones en base a sus méritos. Conseguir una integración cultural de la nacionalidad es uno de los cometidos básicos de este movimiento cultural brasileño. — A.R.